

CARIBE LITERARIO:
Ensayos sobre literatura del Caribe colombiano

Caribe literario : ensayos sobre literatura del Caribe colombiano / Joaquín Viloría De la Hoz, Clinton Ramírez Contreras, editores. – 1a. ed. -- Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2017.

120 p. – (Humanidades y artes. Serie Literatura y estudios literarios)

Incluye datos biográficos de autores y editores.

ISBN 978-958-746-093-3 -- 978-958-746-094-0 (digital)

1. Ensayos colombianos - Siglo XXI 2. Literatura caribeña - Historia y crítica 3. Literatura colombiana - Historia y crítica I. Viloría De la Hoz, Joaquín, ed. II. Ramírez Contreras, Clinton, ed.

CDD: Co864.5 ed. 23

CO-BoBN- a1011897

Primera edición, octubre de 2017

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena
Carrera 32 No. 22 - 08
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888
Bloque 8 - Segundo Piso
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección: Humanidades y artes
Serie Literatura y estudios literarios

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amaru Galvis Lista
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Marquez Lora
Corrección de estilo: Gran Caribe. Pensamiento, Cultura, Literatura
Santa Marta, Colombia, 2017

ISBN: 978-958-746-093-3 (impreso)
ISBN: 978-958-746-094-0 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

Caribe Literario:

Ensayos sobre literatura del Caribe colombiano

Joaquín Vilorio De la Hoz
Clinton Ramírez Contreras
(Editores)

**Colección: Humanidades y artes
Serie Literatura y estudios literarios**



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

Joaquín Vilorio De la Hoz y Clinton Ramírez Contreras..... 7

UNA REFLEXIÓN PERSONAL SOBRE EL OFICIO

Teobaldo A. Noriega..... 11

LA POESÍA DE TEOBALDO NORIEGA

Francisco Díaz de Castro..... 17

IDENTIDAD Y EXILIO EN LA POESÍA DE TEOBALDO NORIEGA

Adalberto Bolaño Sandoval..... 31

HIC ZENO: EL MUNDO COMO ESCRITURA, LÍMITES DE LA FICCIÓN, Y LA VERDAD DEL SIMULACRO

Teobaldo A. Noriega..... 46

DOS ATISBOS DEL CARIBE

Roberto Burgos Cantor..... 62

POLIFONÍA NEOBARROCA EN *EL PATIO DE LOS VIENTOS PERDIDOS* DE R. BURGOS CANTOR

Teobaldo A. Noriega..... 71

LA POESÍA, ESE HUMANO SONIDO

Annabell Manjarrés Freyle..... 85

TEXTOS ANALIZADOS

Carmona

Rafael Caneva Palomino..... 90

POEMAS SELECTOS. SELECTED POEMS

Viajero, Wayfarer

Teobaldo A. Noriega..... 97

EL PATIO DE LOS VIENTOS PERDIDOS (Fragmentos)

Roberto Burgos Cantor..... 112

INTRODUCCIÓN

Joaquín Viloria De la Hoz
Clinton Ramírez Contreras

La literatura del Caribe nace y se desarrolla en un contexto geográfico múltiple en el que confluyen diferentes culturas: los taínos, taironas y caribes; a las que se sumaron luego europeos, africanos y asiáticos. Los indígenas dejaron su legado en la gastronomía y la toponimia regional; Europa aportó sus tradiciones y lenguas como la española, inglesa, francesa, holandesa, portuguesa y, en menor medida, danesa y sueca; y los esclavos africanos además de sus lenguas, una multiplicidad de mitos, sonidos y costumbres sin los cuales el Caribe, su cultura y su literatura sería una realidad incompleta.

Luego se sintió la fuerte influencia económica, política y cultural de los Estados Unidos, con sus empresas, los cultivos de banano y azúcar, los escritores y el cine de Hollywood, así como el beisbol, “el juego de la pelota” que se metió en el corazón de todos los caribeños. La Gran Cuenca del Caribe también ha recibido flujos migratorios de judíos, árabes, hindúes y chinos, lo que dio origen a un amplio mestizaje étnico y cultural, donde la literatura se ha convertido en uno de sus estandartes y puntos de referencia.

El territorio mágico del Gran Caribe no tiene fronteras precisas, pero algunos estudiosos, delimitan entre el sur de los Estados Unidos y el nordeste de Brasil, pasando por Centroamérica, las Antillas y las costas del norte de Suramérica. El Gran Caribe es la cuna de un considerable número de escritores universales, varios de ellos premios Nobel de Literatura como Saint-John Perse, Miguel Angel Asturias, Octavio Paz, García Márquez, D. Walcott y S. Naipaul, además de otros con una destacada producción literaria como Rubén Darío, Alejo Carpentier, Uslar Pietri, Carlos Fuentes, Álvaro Cepeda o Aime Cesaire, por solo citar algunos. De Gabo sabemos que nació en Aracataca, en un ambiente

rodeado de telégrafos, trenes y fincas bananeras. También que vivió en varias ciudades colombianas como Barranquilla, Cartagena, Bogotá y Zipaquirá, para luego pasar largas temporadas en Barcelona, París o Ciudad de México, donde residió durante varias décadas.

Durante cuatro años continuos el Banco de la República de Santa Marta, la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad del Magdalena y la Casa Museo Gabriel García Márquez han organizado este seminario en Santa Marta y Aracataca, como una forma de acercar la literatura a la población local de estudiantes, profesores y gestores culturales. Aracataca tiene un significado simbólico para la literatura colombiana y universal, toda vez que allí nació nuestro premio Nobel.

La obra de García Márquez y el tema de las bananeras fueron estudiados en el primer “Seminario Caribe Literario” (2010), en el cual participaron Juan Gustavo Cobo Borda, Ariel Castillo Mier, Alberto Abello Vives, Rafael Darío Jiménez y Joaquín Viloria De la Hoz. Al año siguiente, el seminario estuvo orientado a la lectura y conocimiento de la obra del escritor samario Ramón Illán Bacca. El análisis de su obra estuvo a cargo de Sarah González de Mojica y Ariel Castillo Mier. Las ponencias de estos dos primeros eventos fueron publicadas en el primer volumen de esta serie.

En 2012, el encuentro abordó la obra del escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor, y tuvo como conferencista central al crítico literario Cristo Figueroa, profesor de la Universidad Javeriana. En el siguiente encuentro, el invitado central fue el poeta magdalenense Teobaldo Noriega, profesor y crítico literario que ha hecho gran parte de su carrera en Canadá, país donde reside.

En este segundo volumen de Caribe Literario, varios capítulos están referidos a Teobaldo Noriega, unos escritos por él y otros por críticos que analizan su obra como poeta. También hay dos capítulos relacionados con Roberto Burgos Cantor y uno que estudia “Carmona”, cuento del banqueño Rafael Caneva Palomino.

Teobaldo Noriega es autor de una importante obra poética y crítica publicada y reseñada en España y Canadá, hasta donde ha llevado el Caribe. Es profesor

emérito en Trent University y Western University, en Canadá. Su obra poética registra títulos como *Candela viva*, *Polvo enamorado*, *Doliente piel de hombre*, *A las orillas del canto* y las selecciones *Pasión articulada* y *Wayfarer*, texto este último publicado a principios de 2013 en Canadá y cuya portada es una bella pintura del artista banqueño Ángel Almendrales.

Noriega nació en Guacamayal (Magdalena), muy cerca de Aracataca, en pleno corazón de la zona bananera de Santa Marta. Teo estudió el bachillerato en el legendario Liceo Celedón de Santa Marta y realizó estudios profesionales en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja. Tiene un Doctorado en Literaturas Hispánicas en la Universidad de Alberta, Canadá. Trabajos suyos han sido publicados en las más importantes revistas de Norte América y España. Es autor, igualmente, del libro *Novela colombiana contemporánea: incursiones en la posmodernidad*, en el que recoge estudios sobre los autores colombianos Gabriel García Márquez, Fanny Buitrago, Roberto Burgos Cantor, Evelio José Rosero y Rafael Humberto Moreno Durán, entre otros.

El libro abre páginas con una reflexión personal de Teobaldo Noriega sobre su doble oficio de poeta y crítico, actividades que a partir de la década de los ochenta ejerce de manera simultánea con resultados altamente satisfactorios. Seguidamente, se publica la introducción que el poeta y académico español Francisco Díaz De Castro escribiera para la edición de la antología bilingüe *Wayfarer* y que constituye una mirada incisiva y sistemática a lo largo y ancho de la producción poética del autor colombiano. Por su parte, Adalberto Bolaño, profesor de literatura de la Universidad del Atlántico, examina en su ensayo las relaciones no siempre antagónicas entre Identidad y Exilio en la poesía de Teobaldo Noriega, amalgama que configura lo que él llama una poesía de la identidad intercultural, una simbiosis donde los lugares de origen y residencia se readaptan, suspendiendo los términos geográficos absolutos.

Teobaldo Noriega a su vez, en su calidad de crítico, analiza *Hic Zeno*, novela del autor cienaguero Clinton Ramírez. Se trata de una incursión epistemológica a la obra de Ramírez que pone de manifiesto su condición de un *performance* poético en el que la literatura, más que conducir a la realidad, conduce a la literatura, creando una imagen de realidad semióticamente sostenida por el valor ficticio de las palabras. Roberto Burgos Cantor, en un relato a la vez

intenso y medurado, adelanta un entrañable despliegue sobre su ciudad natal: Cartagena de Indias, una recuperación que agrega a la visión nostálgica del creador el asombro feliz del visitante.

Luego se presenta una entrevista que la periodista Annabell Manjarrés le realiza a Teobaldo Noriega, para cerrar con una muestra de textos. Este último apartado, concebido para agasajar el placer del lector, trae una ajustada selección bilingüe de *Wayfarer* y reproduce “Carmona”, texto que recrea la muerte violenta del general venezolano Francisco Carmona, “El Supremo Carmona”.

Este libro sobre el Caribe Literario permite al lector hacer un recorrido por la obra de cuatro escritores caribeños: Teobaldo Noriega, Rafael Caneva, Roberto Burgos y Clinton Ramírez; dos poetas y dos novelistas con trayectorias y estéticas diversas.

La edición y publicación de esta obra ha sido posible gracias al apoyo de la Universidad del Magdalena, en especial del Rector Pablo Vera Salazar y la Agencia Cultural del Banco de la República en Santa Marta.

UNA REFLEXIÓN PERSONAL SOBRE EL OFICIO

Teobaldo A. Noriega

Los estudios literarios

Reflexionar sobre mi experiencia como crítico literario me lleva a mis estudios de postgrado en la Universidad de Alberta (Canadá), donde tuve dos inolvidables maestros: el filólogo catalán Joan Ferraté y el investigador inglés Richard Young. De ellos aprendí, por una parte, que toda obra es un acoplamiento de escritura que, como tal, requiere de una adecuada exploración formal para apreciar mejor su valor estético y evaluar su contenido semántico; y por otra, que la crítica académica es una tarea de aprendizaje donde la investigación y el método de trabajo resultan esenciales para una eficaz comunicación de los posibles resultados. Eran los años en que las universidades norteamericanas se movían al ritmo de una Nueva Crítica (*New Criticism*), en diálogo abierto con algunas corrientes europeas –principalmente francesas, rusas, alemanas– que se desplazaban entre el formalismo y el estructuralismo. La década de los setenta constituía así un fértil terreno para la formación de una nueva generación de lectores-investigadores y futuros profesores, entusiasmados –aunque también, a veces, confundidos– frente a los nuevos paradigmas de un campo que luego se abriría a un espacio epistemológico mayor: los estudios de género, la semiótica, el feminismo, el nuevo historicismo, los estudios postcoloniales, etc.; con un referente mayor representado en todo lo que constituiría la experiencia de la postmodernidad y los estudios culturales.

En el área de las letras hispánicas, al dinamismo académico de aquellos años se añadía el impacto transcontinental marcado por una ficción hispanoamericana que, apoyada en una legión de nombres como Borges, Carpentier, Cortázar, Fuentes, García Márquez, Rulfo, Vargas Llosa, y otros, reforzaba los importantes logros poéticos de Guillén, Neruda, Paz, y Vallejo –la lista, por supuesto, es mucho más larga–, reclamando para nuestras letras

su bien ganado espacio de atención en el terreno de los estudios literarios. Para quien iniciaba en aquel momento su formación en la materia, las condiciones no podían ser mejores.

Fue sin duda ese impulso generado por nuestra literatura continental lo que en la primera etapa de mi carrera me animó a escribir sobre la muerte como preocupación recurrente en tres novelas mexicanas: *El luto humano* (1943), de José Revueltas; *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo; y *La muerte de Artemio Cruz* (1968), de Carlos Fuentes. La idea de un *fatum* hispánico me conduciría después a una exploración más cuidadosa del tema en *España, aparta de mí este cáliz* (1938), de César Vallejo; quince poemas en los que el escritor peruano expresa el trágico impacto deshumanizador de la Guerra Civil Española. El ejercicio me sirvió para elaborar ciertos modelos de análisis -con énfasis estructural- que más tarde me ayudarían en el estudio de la novelística droguetiana. Son tempranas expresiones de una preocupación constante en mis posteriores acercamientos críticos: el deseo de indagar en la escritura una posible imagen de mundo detrás de la cual se manifiesta y define algún rasgo de la condición humana.

Vendrían luego mis acercamientos a la ficción colombiana, sintetizados en el ensayo *Novela colombiana contemporánea: incursiones en la postmodernidad* (2001), donde me propuse explorar ciertas señales de identidad en la novela nacional posterior al paradigma representado por la obra de García Márquez; reflexiones que me permitieron incursionar en el tema de nuestra postmodernidad. En lo que se refiere a la costa Caribe, la ocasión resultó propicia para considerar obras como *El patio de los vientos perdidos* (1984) de Roberto Burgos Cantor, *Señora de la miel* (1993) de Fanny Buitrago, y *La mala hierba* (1981) de Juan Gossaín; concluyendo el estudio con una exploración más amplia en la producción de David Sánchez Juliao, especialmente *Cachaco, Palomo y Gato* (1977), *Pero sigo siendo el Rey* (1983) y *Danza de redención* (1998). El enfoque aplicado me permitió resaltar el valioso aporte de cada uno de esos textos dentro de un espacio semántico mayor, estéticamente definido por su renovada pluridimensionalidad. Constataba yo en aquel momento la capacidad de esa escritura para superar con acierto el lamentado “agotamiento” postmoderno, devolviéndole a la novela su dimensión fabuladora. Mi interés en este campo continúa. No se termina nunca de aprender.

I La poesía

Creo que fue en 1968 cuando apareció publicado un poema mío en *Lecturas Dominicales*, suplemento cultural-literario de *El Tiempo*. Como el poema no llevaba título, me impresionó la solución encontrada por el periódico al encabezar el texto con una generosa línea: “Un poema de Noriega”. Dieciséis años más tarde, “Me dirás que todas las palabras” –su título final- es precisamente el texto con el cual se abre *Candela viva* (1984), mi primer poemario. Aquella preocupación de valor ontológico expresada por el poema ante la dialéctica lenguaje/vida apareció temprano en mi escritura, y ha seguido acompañándome a lo largo de un ejercicio impulsado por su intención comunicativa: sonido que le permite al sujeto explorar los límites de su condición, y la de los otros, en el *aquí y ahora* de una existencia cotidiana. Escrito en un momento de relativa juventud, el poema expresa el desasosiego que siente el hablante ante una red de significantes que, debido a su agotamiento expresivo, resultan lingüísticamente insuficientes para redimir al hombre. Surge así en ese discurso la necesidad que tiene el individuo de reafirmarse en su propia condición como mecanismo de rescate, verbalizando con fuerza su dolor en la búsqueda de nuevos signos. Bastante agua ha corrido bajo los puentes desde entonces, pero sigo pensando que ese primer texto anuncia –quizá tímidamente- la posibilidad de una poética. Vale la pena recordarlo:

Me dirás que todas las palabras
se han gastado
y que los apotegmas
que aún nos quedan
son de un vacío absoluto.
Tienes razón
por mucho tiempo alguien
con un confundido corazón
así de grande
malusó los sonidos
y hoy
cuando el tum-tum
impacientemente nos espera
la verdad primitiva

sólo existe en la sombra.
No olvides sin embargo
desde dentro de ti
cada misterio nuevo
engendra nuevas sílabas
entonces claro
grita
llora
rabia
muerte
con coraje hombre
que dure sí señor
hasta desdentarte
desmembrarte
desojarte
abriendo una zanja que vaya
desde el extremo de tu frente
hasta el dedo más pequeño de tu pie
canalizándola a punta de alfilerazos
para que chupes claro está
para que pruebes el valor
de una letra que se ha vuelto gota
allí junto a tu hombro
y se ha desbordado luego
por todas las arterias del universo
y para que
volteando tu piel
poniendo al sol tus vísceras
descosifiques tu única esperanza.
Úntate luego unos gramitos de sal
vamos
ahora desgránate
defécate
maldícete
pus a pus
fonema a fonema
y mucho gritar compadre
y nada de echarse atrás
no señor
y nada de decirse espera un poquito
porque es ahora vida
porque es ahora muerte

porque es ahora hombre
cuando –fijate tú–
necesitamos nuevos símbolos.

(“Me dirás que todas las palabras”, *Candela viva*, 1984)

A mitad del camino, años después en *Polvo enamorado* me refería yo a mi escritura como una “fijación de vivencias en claro intento por superar la inexorabilidad del tiempo. Una pasión que hace del verbo carne, y que con frecuencia me permite cierta irreverencia expresiva cuyo principal propósito es rescatarme humanamente en la exaltación de todo lo que me va entregando la vida” (2001). Quiero pensar que esta reflexión es aplicable al recorrido que trazan mis poemarios. Palabra-talismán, vehículo-de-exorcismo, el significativo es para mí en lo esencial un *resonador de mundo*. Dejándome arrastrar por su sonido, mi intención -casi siempre- es acercarme al otro: compartir mi miedo, mi angustia, mi deseo, mi humana fiebre, mi terrenal experiencia. De ahí el valor asignado en ese espacio a la palabra:

[...]
La palabra no sirve
si no es rito:
campanada sangrante
pasión articulada
cerebral desnudez
del silencio ceniza
blasfemia al despertar
agua rota que inunda
tálamo ennegrecido
intestinal soberbia
cristal herido en luces
gemido que se enluta
extremaunción sexual
ardiente espuma
y grito.

(“La palabra”, *Duende de noche*, 1988)

Le he cantado a la vida en mis triunfos y en mis derrotas. Al amor, sin pudor ni falsa inocencia. A la amistad, como uno de los más gratificantes dones que he conocido. Los recuerdos –con frecuencia inseguros, dolorosos o felices- han